

# **Evolución y tiempo en economía**

Miguel Alfonso Martínez-Echevarría y Ortega  
*Universidad de Navarra*  
2010

---

## ***Ciencia, incertidumbre y cambio***

### **Un cambio de paradigma científico**

El diseño de la economía individualista se había inspirado en el modelo determinista de la física matemática. Su objetivo había sido establecer unas leyes universales y necesarias que permitiesen estudiar la conducta económica de un individuo universal y abstracto, aplicable a cualquier tipo de sociedad, cultura y época histórica. Esto suponía recurrir al supuesto de un estado de equilibrio o, en plano antropológico, a la existencia de una naturaleza humana fija e inalterable; de tal modo que en ese modelo no era posible explicar fenómenos como el cambio institucional, las modificaciones en las organizaciones, las variaciones en los gustos y preferencias, la aparición de nuevas técnicas productivas, de nuevos productos, etc.

Además, como resultado de la crítica positivista al apriorismo psicologista, se había dado un gran impulso al desarrollo de los estudios históricos, antropológicos y etnográficos, que habían puesto de manifiesto que el concepto de racionalidad no había sido siempre el mismo en todos los lugares y en todas las épocas. Se abrió así camino a la idea de que la naturaleza humana no tenía por qué ser un modelo fijo e inalterable, sino que estaba ligada al desarrollo de la cultura, a la historia de cada sociedad.

El gran atractivo del método de la física de Newton es que había hecho posible predecir la posición de aquellos cuerpos sometidos a movimiento determinista, es decir, impulsados por fuerzas que actuaban siempre del mismo modo y en todo lugar. En la primera mitad del siglo XIX, por influencia de Descartes, esa física se había transformado en una mecánica racional que había permitido contemplar el entero universo como una gran máquina, como un gigantesco reloj en el que todo era previsible y donde, por paradójico que parezca, se habría suprimido la incertidumbre y el tiempo. En la segunda mitad de ese mismo siglo, la física matemática había entrado en un proceso de revisión de sus propios fundamentos. Se había observado la presencia

de movimientos de partículas en los que no había continuidad ni determinismo, de modo que resultaban intratables desde los supuestos del cálculo diferencial. Hacía falta estudiarlo desde el nuevo enfoque de la mecánica estadística, en el que se daba entrada a los supuestos aleatorios de la teoría de la probabilidad. En este nuevo enfoque pronto se plantearía el problema de la irreversibilidad del movimiento que tantas e importantes implicaciones tendría en el desarrollo de la física más reciente.

Todo apuntaba a que el determinismo y la reversibilidad del movimiento era una propiedad local, que de ningún modo se podía hacer universal. Podía tener sentido aquí y ahora, en unas condiciones concretas y muy restringidas, pero no referido a la totalidad del universo. El mismo hecho de que el cálculo infinitesimal solo fuera aplicable a movimientos locales muy bien definidos, ponía de manifiesto su propia limitación.

Pero sería sobre todo el importante desarrollo experimentado por la nueva ciencia de la biología, el que pondría de manifiesto lo inadecuado de los supuestos de los modelos de la ciencia físico matemática a la hora de estudiar los fenómenos vitales.

La conjunción de todos estos factores tendría su repercusión en el ámbito de la economía política. Hacía tiempo que se buscaba un nuevo enfoque metodológico que diera entrada al estudio de cómo podían cambiar las conductas económicas con el paso del tiempo. Era cada vez más patente la necesidad de encontrar una alternativa al método determinista de la física matemática. En esa búsqueda, se seguirían dos grandes corrientes. De un lado, la formada por todos aquellos que se sentían ligados a la tradición empirista, que se resistían a abandonar el paradigma de las ciencias de la naturaleza, para los cuales lo más adecuado era seguir los nuevos enfoques de la biología evolucionista. De otro lado, los formados en la tradición idealista, especialmente en la kantiana, que se propusieron elaborar los nuevos enfoques de la filosofía historicista.

## *Del mecanicismo al biologicismo*

### **La hipótesis evolucionista**

En el estudio de los fenómenos vitales, hubo un primer momento, siglo XVII, en el que por influencia de Descartes se había recurrido al diseño de modelos mecánicos como un modo de explicar los movimientos vitales. Eso llevaría a construir numerosos autómatas, complejos mecanismos de relojería, con los que se simulaban los movimientos externos de los animales, incluidas sus funciones fisiológicas más visibles. Se pensaba que llegaría un momento en que el desarrollo de mecanismos cada vez más complejos permitiría explicar los movimientos de todos los cuerpos vivos.

Sería G. Buffon (1707-1788) el primero en darse cuenta de que la vía del recurso al mecanicismo era un camino equivocado. La complejidad del fenómeno vital exigía que fuese contemplado de modo holístico, es decir, desde el enfoque de la unidad orgánica de todos los seres vivos. Desde ese punto de vista, lo importante era esa especie de equilibrio económico general orientado al mantenimiento de la "cantidad de vida total" existente en el universo de los vivientes. Un planteamiento diverso al enfoque analítico y atomista del mecanicismo.

Siguiendo ese enfoque J. B. Lamarck (1744-1829) llegaría a la conclusión de que los cambios observados en los seres vivos podrían estar inducidos por estímulos externos procedentes de cambios permanentes en el entorno habitual donde vivían. De tal modo que habría una adaptación de lo orgánico a lo funcional, según la naturaleza del entorno de cada tipo o especie de ser vivo.

¿Cómo en esos cambios de los seres vivos se articulaba lo necesario con lo contingente? ¿Por qué los individuos de una especie son similares, al tiempo que se distinguen por pequeñas variantes? ¿Si se ajustaban todos a un mismo patrón por qué no todos ellos eran idénticos? ¿Si había cambios, y estos se transmitían a la prole, se podía asegurar la persistencia de la identidad común, o llegaría un momento en que se produciría un cambio de especie?

Reflexionando sobre estas preguntas Ch. Darwin (1809-1882) elaboraría su famosa hipótesis sobre la evolución de las especies. Así como los criadores de animales y plantas, seleccionaban los ejemplares cuyas características les interesaban por alguna razón particular, podría suponerse que en el seno de la Naturaleza existiera algo así como una especie de “selección natural” que, sin finalidad conocida, fuera la causante de la evolución y cambio de las especies.

La clave para explicar la “selección natural” sería que, a largo plazo, en la transmisión a la prole predominarían aquellos rasgos genéticos que se generaban y transmitían con mayor facilidad, los que en principio se debía suponer que eran los que permitían una mejor adaptación de los individuos a los cambios en su entorno.

El esquema de Darwin no trataba de explicar el origen de las especies, ni siquiera las razones por las que se producía el cambio, ni mucho menos su finalidad y sentido; sólo pretendía explicar los cambios a lo largo del tiempo, en el seno del proceso de transmisión de la vida. Se limitaba a sostener que en un conjunto de individuos que se pueden fecundar entre sí, si por la razón que sea, hubiera cambios que se transmiten a la prole con distintas frecuencias, transcurrido un tiempo, la configuración inicial de los distintos tipos de individuos habrá quedado notablemente alterada. Una conclusión tan simple y evidente, que separada de una evidencia empírica, no pasaría de ser una tautología. En este sentido, Darwin, desde el principio sabía que lo importante sería explicar las causas de los cambios y de las distintas tasas de transmisión de la prole, así como su relación con los cambios en el entorno.

En cualquier caso, no hay modo de descubrir la finalidad de un proceso a partir de la experiencia del cambio, ya que la subjetividad está más allá de la objetividad de lo observado. Por ejemplo, observando los cambios en las distintas variedades de cerdos no es posible conocer el tipo de animal que pretende seleccionar el criador de esos animales. Como había dicho Aristóteles, la finalidad del arquero no se puede conocer por mucho que se estudie el movimiento de la flecha.

Darwin, consciente de esa dificultad, sostuvo que bastaría con suponer que los organismos se comportaban “como si” persiguiesen el logro de la propia ventaja. Ante la objeción de que no tiene mucho sentido hablar de perseguir la propia ventaja, a no ser que sea alguien dotado de intencionalidad como era el ser humano, Darwin dijo que se trataría de algo así como un

principio universal objetivo, que premiaba a los individuos que mejor se adaptasen al entorno. En otras palabras, un premio que no repercutía en la subsistencia del individuo sino de la propia especie.

Todo parece indicar que Darwin estaba convencido de que era posible separar el “cómo” del “por qué”. En su opinión, a través de “cómo” se transmitían los cambios a las distintas proles, sería posible llegar a explicar su razón y sentido. Algo así como pretender que a partir de la observación del incesante repetirse del “cómo” llegaría un momento en que produciría –no se sabe bien cómo- una justificación del “por qué”. Se olvidaba de que la repetición por sí misma elimina el tiempo, carece de sentido, y nunca puede explicar nada.

El argumento de Darwin para explicar al origen de los organismos solo tendría sentido si se admitiese la existencia de un sustrato vital homogéneo que, por evolución, diese lugar a distintos estados de una biósfera sometida al principio de “conservación de la cantidad de vida”. Un mundo hipotético donde nada dejaría de ser y nada empezaría a ser, donde solo habría transformación continuada de ese único sustrato, dejando fuera toda dimensión ontológica del problema. En otras palabras, exigiría que el puro devenir -lo relativo- se convirtiera en lo absoluto. Una postura que, en muchos aspectos, es la que mantendría el filósofo F. Nietzsche (1844-1900) que a su vez tiene un gran paralelismo con el budismo, donde la idea de identidad, tanto propia como ajena, se considera ilusoria.

Por otro lado, considerar la biosfera como una unidad implica admitir una finalidad. En su interior se supone la existencia de organismos vivos dotados de algún tipo de identidad, que están subordinados a la finalidad del todo. ¿Existen realmente esas identidades individuales, con sus propios fines; o son proyecciones ilegítimas del subjetivismo humano? ¿Por qué habría individuos dentro de ellas? ¿Son los individuos los que buscan su propia ventaja, o es la población la que se sirve de ellos? ¿Por qué se relacionan las poblaciones entre sí? ¿Se hace con vistas a constituir una unidad superior? Unos interrogantes que solo tienen sentido si supone implícita alguna idea de finalidad.

La historia de la tesis evolucionista ha puesto de manifiesto una especie de imposibilidad del sujeto de la ciencia para, desde fuera de la ciencia, concebirse a sí mismo. Eso ha llevado a considerar la ciencia como un todo, que vendría a coincidir con la marcha de la humanidad en el seno de la historia, donde el hombre llegaría alguna vez a conocer su propia naturaleza, y a entender el sentido de su existencia. De momento, todo conocimiento sería provisional, destinado a ser superado por un avance incesante en la comprensión de la realidad. En resumen, el evolucionismo no sería más que un modo relativista de explicar la regularidad en lo contingente. Una vuelta a la vieja concepción pagana del cosmos, con el añadido de la idea del progreso, único resto de un optimismo de manifiesto origen cristiano.

## **El evolucionismo como filosofía**

A partir de la hipótesis de la selección natural, el británico H. Spencer (1820-1903) llegaría a establecer una especie de “principio de evolución”, a partir del cual se propuso elaborar una filosofía que permitiera explicar el omnipresente cambio en la naturaleza, en la sociedad y en la

historia. Una especie de grandiosa y optimista visión del devenir de toda la realidad, que exigía una fe positivista en el nuevo dogma de la evolución.

A partir del hecho innegable de que la realidad estaba en continuo cambio, razón por la que -según Spencer- resultaba incognoscible, no tenía sentido preguntarse por el origen y destino del universo, solo cabía observar sus cambios y tratar de establecer sus leyes. En otras palabras, había que admitir que todo conocimiento era necesariamente parcial, provisional y mejorable.

¿Qué regularidades en los cambios del universo estaban sólidamente asentadas? Para Spencer se trataba de la indestructibilidad de la materia, la continuidad del movimiento y la persistencia de la fuerza. De estas regularidades llegaba a la conclusión de que todo estaba gobernado por lo que llamaba principio de “continua redistribución”, tanto de la materia, como del movimiento. Según este principio el universo estaría en continuo cambio siguiendo trayectorias ajustadas al principio mecanicista de “menor resistencia” o de “mínima acción”. Un cambio que, no se sabe bien porqué, se ajustaría a una “ley de la evolución” universal que desde unos estados iniciales homogéneos e inestables evolucionaría hacia estados cada vez más heterogéneos y estables.

En el caso de los hombres, esa ley de evolución se manifestaría en la división del trabajo, variante del criterio mecánico de “mínima acción”, que habría dado lugar a estructuras sociales cada vez más diferenciadas y complejas, al mismo tiempo que más universales e integradoras. En este sentido, para Spencer, tanto la razón como la cultura no eran otra cosa que medios para la supervivencia evolutiva de la especie humana.

La historia no sería otra cosa que una continuada evolución hacia estados sociales de creciente perfección científica y técnica, que conllevarían un mayor bienestar para todos. Avanzaría de modo completamente autónomo, impulsada por decisiones subjetivas de una multitud de individuos, que el paso del tiempo se encargaría de disolver en la marcha objetiva y global del progreso, poniendo así de manifiesto lo efímero y transitorio de la identidad individual. En último término, en el esquema de Spencer, como en el de Hegel, el hombre comparecería como instrumento de una inteligencia superior oculta que se serviría de su impulso vital.

## *Economía y evolucionismo*

### **Decisión individual y adaptación al entorno**

Influido por un ambiente intelectual en el que se mezclaban las filosofías de Kant, Hegel, Spencer, Comte, y Mill; el británico A. Marshall (1842-1924) llegaría al estudio de la economía a partir del evolucionismo. En principio, lo que le había interesado era el estudio de cómo se formaba el carácter de los hombres, siguiendo los supuestos de la psicología de J. S. Mill. Posteriormente, influido por las tesis evolucionistas, se propuso prestar más atención a la relación que existía entre el carácter del individuo -su modo de comportarse- y el entorno en que desarrollaba su actividad. Se puede decir que a partir de ahí Marshall llegaría a la economía con la pretensión de sustituir el modelo mecanicista del “hombre económico” elaborado por

Jevons por el modelo del “hombre razonable ético”, surgido de su visión evolucionista de la conducta social.

En el debate sobre si había que seguir el enfoque de la economía o el de la sociología, que se desarrollaría a lo largo del siglo XIX, Marshall se inclinó por la postura de Comte. Es decir, sostuvo que lo económico no podía ser entendido fuera del marco más amplio de una ciencia que estudiara la evolución del fenómeno social en su totalidad. En este sentido, a diferencia de Mill, consideraba que la economía no podía ser una ciencia totalmente separada. En cualquier caso, en la formación del carácter humano influía tanto el hecho económico, que no era posible una separación drástica; ni tan siquiera en el plano de la abstracción. Aunque no negaba que el estudio de la generación de la riqueza era un aspecto muy importante de la economía, al mismo tiempo, de modo inseparable, lo más importante era el estudio del hombre, el modo en que se realizaba la formación de su carácter.

Desde el enfoque evolucionista de Marshall la naturaleza humana se encontraba en continuo cambio, en un proceso interminable de ajuste a un entorno que tampoco paraba de cambiar, en parte como resultado de la propia acción del hombre. Existía por tanto una especie de círculo de evolución que iba desde las conductas individuales al entorno y viceversa. Desentrañar la estructura de ese círculo era el problema básico que había que enfrentar si se quería llegar a saber algo sobre la estructura y el modo de funcionar del fenómeno social.

Consideraba Marshall que solo a través de la psicología evolutiva, a la que consideraba una ciencia experimental, sería posible llegar al conocimiento de las leyes que daban lugar a la constitución del carácter de los hombres. A diferencia de Mill, y de acuerdo con Darwin y Spencer, la experiencia sobre la que había que apoyarse no era la de un solo individuo, sino la acumulada por el paso del tiempo en la estructura de la sociedad, la que afectaba a la totalidad de los individuos de una determinada cultura. No solo había que contar con el saber explícito propio de la mente de cada individuo, sino también con el implícito en los propios procesos naturales y sociales.

Para enfrentarse con el complejo fenómeno de la mente humana había que tener en cuenta dos dimensiones: la autoconciencia del individuo y la evolución de lo colectivo; o dicho de otra manera, la identidad frente al cambio, que constituyen el núcleo sobre el que, para Marshall, se articulaba la identidad del sujeto.

Desde este punto de vista, también las necesidades y preferencias de los individuos estaban sometidas al principio spenceriano de evolución, es decir, estaban sometidas a un proceso que las llevaba desde lo homogéneo a lo heterogéneo, desde lo simple a lo complejo, desde lo rudo a lo refinado. De ningún modo podían ser consideradas fijas e inalterables, como había supuesto el modelo del “hombre económico”, que, por eso mismo, las había considerado exógenas a la teoría económica.

Las necesidades cambiaban como consecuencia de la continua lucha de los individuos por adaptarse al entorno, modificado a su vez por la continua expansión del proceso social de la división del trabajo; por la implantación de nuevos procesos productivos, que se hacían cada vez más complejos, con más partes, más heterogéneos, al tiempo que con mayor densidad de las



relaciones de dependencia mutua. Se generaba por tanto una especie de espiral de convolución, entre nuevas necesidades y nuevos modos de satisfacerlas, que daba como resultado una organización social cada vez más compleja y articulada. En el seno de la sociedad, tanto las conductas, como los caracteres -estructura psicológica de los individuos- no cesaban de evolucionar con el tiempo, generando nuevas condiciones culturales e históricas.

Para estudiar cómo se producía la evolución de los gustos y preferencias de los individuos, hacía falta un modelo de individuo mucho más complejo que el “utilitarista” o “conductista”, se requería un modelo dinámico de individuo que tuviera en cuenta las continuas “retroalimentaciones” entre su conducta y las condiciones del entorno en donde se desenvolvía.

Para construir ese modelo, Marshall recurriría a una psicología elaborada a partir de una extraña combinación de mecanicismo, evolución y autoconciencia. Una especie de adelanto de lo que en nuestros días trata de llevar adelante la “inteligencia artificial” y la llamada “neuroeconomía”. Sería a través de la construcción de una compleja máquina virtual o hipotética, que simularía las operaciones mentales del cerebro humano, como Marshall trataría de explicar la propia evolución de la mente humana, su modo de enfrentarse y resolver problemas cada vez más complejos que le planteaba un entorno cada vez más complicado. Un diseño evolucionista de la mente humana que se ajustaba a los dos elementos fundamentales de la hipótesis de Darwin: “variación al azar” y “selección natural”. A los que, Marshall añadiría la idea lamarkiana, no compartida por Darwin, de la herencia de caracteres adquiridos.

Según la psicología de Marshall, el conocimiento venía a ser un proceso interminable, mediante al cual el cerebro humano se comportaba como una máquina que no cesaba de aprender y de modificar su propia estructura. El avance del proceso cognitivo se producía con ocasión de la aparición incesante de nuevos problemas planteados por los cambios del entorno, que daban origen a nuevas conductas, que, una vez convertidas en rutinas -modos habituales de hacer- quedaban incorporadas a la propia estructura de la máquina mental.

El proceso del conocimiento suponía el incesante surgir de estrategias cada vez más eficientes para hacer frente a los problemas, cada vez más complejos, que no cesaba de plantear la evolución del entorno. Normalmente esas estrategias consistían en dividir los problemas en sus partes más simples, de modo que pudieran dar lugar a modos rutinarios de resolverlos, es decir, con gran rapidez, sin requerir atención. Posteriormente, la articulación de rutinas daba lugar a configuraciones mecánicas cada vez más complejas, que permitirían resolver con gran sencillez, automatismo y eficiencia esos problemas.

El proceso evolutivo remitía, en último término, a la capacidad analítica de la mente humana que no cesaba de impulsar la división y la especialización de funciones, provocando una creciente división del trabajo, impulsando el paso desde lo simple y homogéneo a los complejo y heterogéneo.

El proceso social de selección natural de nuevas necesidades y nuevos modos de satisfacerlas sería, en último término, reflejo externo del proceso de continua generación y acumulación de conocimientos que se llevaba a cabo en el seno de la “máquina mental” del individuo humano.

El crecimiento del conocimiento, que se correspondía con una creciente complejidad de la “máquina mental”, se reflejaba en una mayor complejidad de la “máquina social”, dando lugar a nuevas estructuras de integración y dependencia entre los individuos, a una mayor especialización en las tareas y conocimientos; que a su vez daban lugar a nuevas preferencias individuales, cada vez más sofisticadas. Se desataba así una especie de espiral de mejora continua de necesidades, y modos de satisfacerlas, que impulsaba el progreso económico y cultural de la sociedad.

Desde esta perspectiva, la sociedad era –según Marshall- un entramado funcional cada vez más complejo, una articulación cada vez más complicada de preferencias y rutinas, una compleja máquina con una extraña capacidad de auto estructurarse, que le permitía resolver del modo más sencillo posible problemas cada vez más complejos, que su propia espiral evolutiva no cesaba de provocar. En otras palabras, la sociedad era un sistema evolutivo con capacidad de aprendizaje.

## **El equilibrio parcial**

Para Marshall la economía era una dimensión no separable de ese proceso extraordinariamente complejo, sometido a cambio continuo, que era en último término el avance continuado de la civilización. Se ocupaba de estudiar cómo, en el seno de ese proceso, los individuos tomaban decisiones con vistas a la satisfacción de sus necesidades, que daban lugar a la generación de riqueza.

Para llevar adelante ese estudio se requería un método adecuado que tuviera en cuenta que todo se relacionaba con todo, al tiempo que todo estaba en cambio continuo, aunque con distintos ritmos de cambio. Un elemento clave en el diseño del nuevo método sería buscar un modo de descomponer el movimiento incesante de cambio global, en sus elementos más pequeños, los más directamente observables en cada instante, lo cual permitiría detectar sus causas inmediatas. Solo así sería posible estudiar cómo los individuos, en cada momento y circunstancia, en un breve instante de tiempo, tomaban la decisión que maximizaba su utilidad.

Este modo de proceder sería consecuencia de la aplicación del principio de causalidad determinista, o de razón suficiente, según el cual el estado en que cada momento se encontrase la sociedad estaría determinado por la sucesión de los estados inmediatamente anteriores. Un supuesto que Marshall juzgaba indispensable para que la economía pudiera ser una ciencia predictiva. Además, también posibilitaba el mantenimiento del principio individualista, ya que la marcha global de la economía y de la sociedad sería consecuencia de la acumulación de las decisiones que tomasen los individuos en cada instante de tiempo.

Aunque la sociedad era un entramado de multitud de cambios continuos, los ritmos a los que se realizaban no eran los mismos. Había cambios, como las decisiones de consumo, que eran instantáneos, directamente observables, y muy fácil de determinar el motivo. Pero había otros, como las decisiones de producción, que no eran consecuencia de una sola decisión de una sola persona, sino que iban unidas a una multitud de decisiones que realizaban muchas personas a lo largo de la vida de una organización; estaban condicionados por decisiones de las generaciones pasadas, y han requerido mucho tiempo para llegar a manifestarse plenamente,



por lo que no era fácil establecer el motivo determinante. Lo que en su momento había sido decisión consciente e intencional de unos individuos, con el paso del tiempo había quedado disuelto en el todo social; como si se hubiera objetivado, integrado en ese marco institucional común, que condicionaba y hacía posible las decisiones de los individuos que vivían en cada momento. Por lo tanto, el estado en que se encuentra la sociedad en cada momento es resultado de la acumulación de decisiones de todo tipo así como de cambios fortuitos que las condicionan.

La marcha de la economía no estaba ni en el puro plano de la naturaleza, donde todo ocurre de modo necesario ni en el puro plano de lo matemático, donde todo es posible y perfectamente calculable; sino que se situaba en el plano de la cultura humana, donde las instituciones acumulan en forma objetiva e impersonal el conocimiento implícito de las generaciones precedentes. Se trataba de un proceso que no tendía a un estado final perfectamente establecido y calculable desde el principio, sino abierto; por lo que solo cabía un cálculo relativo, en un entorno temporal muy reducido. En otras palabras, el método de la economía no podía reducirse al cálculo, como habían pretendido Jevons y Walras, sino que había que tener en cuenta la formación de las costumbres, los cambios de organización y aprendizaje. Debajo de la economía subyacía un complejo entramado de fenómenos mentales y físicos en continua interacción y cambio.

En el diseño del método de Marshall era patente la influencia del modo de pensar de Darwin. La marcha de la civilización y la economía estaba regulada por la doble acción de un factor de estabilidad y otro de innovación. Por un lado estaba la acumulación en lo institucional de las conductas que habían demostrado tener éxito a la hora de resolver los problemas planteados por el cambio del entorno. Por otro lado, estaban las decisiones, por prueba y error, que en cada momento adoptaban los individuos para enfrentarse a los nuevos cambios del medio. De modo más concreto, ese doble factor evolutivo estaba constituido, según la terminología de Marshall, por el "principio de continuidad", que aseguraba la estabilidad y el orden en la marcha de la sociedad, y por el "principio de sustitución" que aseguraba que los cambios se realizaban del modo más eficiente posible: aquellos que mejor se adaptaban a los cambios del medio.

En su método buscaba Marshall una combinación de la mecánica con la biología, lo que se manifiesta en el hecho de que el "principio de continuidad" -que asegura la estabilidad- era fundamentalmente de naturaleza determinista, mientras que el "principio de sustitución" -que asegura el cambio- era de naturaleza evolucionista. Pero, debido a la concepción predictiva que tenía Marshall del conocimiento científico, era patente el predominio del principio mecánico sobre el biológico.

Desde el punto de vista del individuo, que en cada instante tenía que tomar una decisión económica; el marco institucional y organizativo existente, aunque no cesaba de cambiar, como lo hacía mucho más lentamente que el ritmo de sus decisiones, se podía considerar fijo y estable. Sólo transcurrido un cierto tiempo sería apreciable el cambio global continuo e incesante que nunca habría dejado de estar presente. De este modo, con la aplicación de la cláusula *ceteris paribus* -suponiendo todo lo demás constante- se podían dejar de lado unos factores -considerados de momento fijos- para poner toda la atención en aquellos factores, que

bajo las condiciones de observación, se podían considerar los causantes del cambio que se trataba de estudiar. Esto era en esencia el concepto de “equilibrio parcial”, elemento central del método elaborado por Marshall.

No se trataba de un equilibrio absoluto, sino relativo al tiempo de observación, medido por la subjetividad del observador. Una misma realidad cambiante podía estar, o no, en equilibrio, según las condiciones de observación que se establecieran. Por esas razones Marshall decidió designarlo con el calificativo de “equilibrio parcial”, para indicar que sólo se podía considerar en equilibrio, bajo cierto aspecto, no de modo absoluto o general.

Unido al concepto de “equilibrio parcial” y a la aplicación de la cláusula “*ceteris paribus*” Marshall adoptó la distinción entre el corto y el largo plazo, según el intervalo de tiempo transcurrido. Lo que a muy corto plazo podía considerarse en equilibrio parcial, no lo estaría a largo plazo, donde se habría producido un cambio en todos los factores.

El método del “equilibrio parcial” hacía posible estudiar las decisiones de los individuos, como si estuviesen separadas del marco global no consciente y no intencional que las condicionaban y las hacía posibles. Desde ese punto de vista, la marcha de la economía podría ser considerada una sucesión continua de equilibrios a “corto plazo”.

Con este método Marshall pretendía salvar la imposibilidad de aplicar el cálculo diferencial a un proceso, en el que por estar presente el cambio y la incertidumbre, no se daba el rígido determinismo que exigía ese tipo de cálculo, no se cumplía la propiedad local de continuidad abstracta propia del espacio matemático. Lo que pretendía Marshall era sustituirla por la continuidad empírica de los procesos biológicos, donde bajo la apariencia de equilibrio, no cesaba de actuar una dinámica vital, regida por el principio de sustitución, que impulsaba el progreso de la sociedad.

Dotado del instrumento metodológico del equilibrio parcial, Marshall se propuso elaborar una teoría dinámica de precios. Por lo pronto no podía partir del supuesto de un individuo con información perfecta, cuya conducta estaba determinada por las condiciones a priori de un equilibrio general estático, sino que tenía información imperfecta y se guiaba por la adaptación a los cambios del medio que le eran accesibles en cada momento.

El modelo de individuo diseñado por Marshall no disponía de la información perfecta que tenía el individuo de Walras, al que por otro lado se la suministraba desde fuera el “subastador”, o la “máquina de la sociedad”. La información de que disponía era parcial e incierta: estaba constituida por su expectativa de los precios vigentes en cada momento. Pero a cambio, su decisión estaba condicionada por esa enorme masa de información no consciente, que estaba incorporada en el marco institucional en cuyo seno tomaba su decisión.

En resumen, solo bajo el enfoque del “equilibrio parcial” la decisión del individuo podía ser calificada de racional, en el sentido de “maximizar” su satisfacción posible. Le bastaba con la información que le proporcionaban sus necesidades inmediatas, y con sus expectativas de cambio de los precios en el corto plazo. Unas expectativas que formaba a partir de la

experiencia sobre el comportamiento de una tendencia promedio de los precios a largo plazo, que de algún modo eran parte del marco institucional en que vivía.

Por contraste, a “largo plazo” desaparecía la posibilidad de alcanzar ese tipo de conducta “maximizadora”. Si, por ejemplo, un individuo pretendiese tomar una decisión con un horizonte de diez años, toda esa información, que en “equilibrio parcial” se suponía fija, se convertía en incertidumbre, y no podría tomar una decisión racional. En otras palabras, cuanto mayor fuera la longitud del plazo, menor sería la racionalidad de los individuos. Era pues el peso del pasado, una vez diluida la racionalidad consciente de todo instante anterior, el que a través del marco institucional, gobernaba la marcha de la economía y de la historia.

El método del “equilibrio parcial” proporcionaba una explicación efectiva del proceso de formación de los precios, cosa que no ocurría en el modelo de Walras. En la formación de los precios había una parte fija -la oferta existente en cada momento- ligada a la estructura productiva disponible, resultado de la acumulación histórica del saber hacer de las generaciones anteriores, que sólo variaba de modo significativo en el largo plazo. Había además otra parte variable -la demanda- relacionada con las decisiones conscientes de comprar y vender de los individuos, con referencia a mercancías ya producidas, que podría variar de modo significativo a muy corto plazo. Según esto, el precio de equilibrio a corto plazo, vendría determinado sobre todo por el lado de la demanda, la única que podría variar en ese plazo, dando lugar a los llamados precios de mercado de las mercancías disponibles. Unos precios de mercado que podrían ser distintos de los llamados precios naturales o normales, entendiendo por estos últimos, los determinados por el lado de la oferta, por los factores productivos, que se mueven a largo plazo y son los determinantes de los costes.

Según esta explicación, los precios de mercado vendrían determinados, a corto plazo, por la intersección de la curva de demanda con la de oferta. Para que esos precios de equilibrio fueran estables se hacía imprescindible que la curva de oferta tuviese pendiente positiva, y la de demanda negativa. Unas condiciones que Marshall, a partir de sus supuestos teóricos, no pudo demostrar que efectivamente se cumplieran. Ni siquiera pudo demostrar que la curva de demanda tuviese siempre pendiente negativa, ni mucho menos que la curva de oferta tuviese siempre pendiente positiva.

A largo plazo, los llamados precios naturales vendrían determinados por factores reales y perdurables, independientes de las decisiones conscientes de los individuos vivos en ese momento. A corto plazo, se manifestaban los precios de mercado, que a través de la demanda, dependían de la decisión de los individuos, pero en cualquier caso oscilaban alrededor del nivel de los precios naturales, determinados por los costes objetivos de producción determinados por factores no conscientes, naturales o sociales, que actuaban a largo plazo. De este modo, a corto plazo el ajuste al equilibrio se realizaba sobre todo por el lado de la demanda, pues los individuos podían decidir retrasar o adelantar sus compras, según pensasen que los precios de mercado estaban muy altos o muy bajos, en función de lo que estimaban debían ser los precios naturales, determinados por el lado de los costes.

Este modo de explicar los precios no exigía un cálculo riguroso e instantáneo de todas las ofertas y demandas en un momento determinado, ni la igualdad exacta y simultánea de todas

esas ofertas y demandas, como sucedía en el modelo del equilibrio general de Walras. Así como tampoco exigía que se cumpliera la “ley de un precio”, sino que permitía distintos precios para un mismo producto, a lo largo del espacio y del tiempo.

En opinión de Marshall, los individuos actuaban en una situación histórica concreta, de tal modo que sus posibilidades de seguir conductas estratégicas estaban muy restringidas, por lo que sus conductas efectivas –determinadas por la costumbre- resultaban bastante previsibles; al menos en promedio.

En el enfoque de Marshall no hacía falta calcular todo, así como tampoco hacía falta la hipótesis de la competencia perfecta. Las decisiones de los individuos estaban relacionadas entre sí, no de modo mental y consciente, sino de modo real e implícito, es decir, a través de un marco estructural de instituciones y de modos de llevar adelante la producción configurados históricamente. Una situación en donde no cabía, ni tenía sentido la determinación simultánea de todos los precios. Precisamente por eso, el sistema disponía de una gran estabilidad, y tendía de manera inexorable a un progreso ordenado y en equilibrio.

Marshall se situaba a medio camino entre el objetivismo del modelo del equilibrio general de Walras y el subjetivismo del enfoque de Menger. No seguía ni el método inductivo, pues aunque los hechos eran ciertamente importantes, no podían dar interpretación de sí mismos; ni el método deductivo, ya que la economía no era un puro proceso mental. En su planteamiento se ocultaba una especie de agente oculto, que de modo no explicado, lograría que los individuos contribuyesen a la tendencia general al equilibrio a largo plazo, que conducía la marcha de la historia

## **Evolución, equilibrio y competencia**

Con el método del equilibrio parcial, Marshall había tratado de hacer compatible la competencia perfecta con la evolución y el cambio; pero pronto se le plantearía un grave problema metodológico que no sabría como resolver, y que pondría en graves dificultades su planteamiento evolutivo de la economía. Según su filosofía de la evolución, la marcha a largo plazo de la economía, y en general de toda la cultura, suponía una mejora continua de la tecnología y la organización, que llevaba a un incremento cada vez más fuerte de la potencia transformadora de la acción humana sobre su entorno, con el resultado de que las empresas tenderían a hacerse cada vez de mayor tamaño y a ocupar mayores cuotas de mercado. Pero si esto era así, se pondría en peligro la competencia, ya que al final toda la producción quedaría en manos de unas pocas empresas, con la consecuencia de que también desaparecerían los motivos para llevar adelante la innovación y el cambio.

Marshall no podía renunciar a la tendencia a una competencia cada vez más perfecta y extensa, pues lo consideraba un ideal de justicia al que inexorablemente caminaba el devenir de la historia. No hay que olvidar que en el plano político, Marshall seguía siendo un individualista partidario del principio democrático, al que de ningún modo estaba dispuesto a renunciar. Tenía por tanto que encontrar un modo de hacer compatible el aumento incesante de la eficiencia productiva, debido a la extensión de la división del trabajo, propio de la evolución, con el aumento continuado de la competencia, ya que en caso contrario tendría que dar razón a

los socialistas y reconocer que el progreso de la humanidad llevaba de modo inexorable a una sociedad de planificación centralizada, en la que el individuo se convertiría en una pieza anónima dentro de un solo y gigantesco mecanismo productivo, gobernado de forma intencional y centralizada.

Marshall creyó encontrar esa compatibilidad en lo que sucedía en los procesos biológicos, donde la armonía de lo múltiple no entraba en conflicto con la fuerza vital de la totalidad. En un bosque, por ejemplo, el tamaño global puede considerarse en equilibrio a corto plazo, y en su interior conviven árboles jóvenes, en rápido crecimiento, con otros decrepitos, a punto de morir. Todos ellos compiten por los mismos elementos nutrientes, al tiempo que se ayudan en un proceso de simbiosis. Cada uno de ellos, al tratar de adaptarse lo mejor posible a las condiciones de su entorno, contribuye a la estabilidad y equilibrio global del bosque. Ese mismo esquema biológico podía servir para explicar por qué ningún árbol podía crecer de modo ilimitado, y acabase por eliminar a todos los demás, sino que todos ellos tenían un límite: el tamaño representativo de su especie.

Según ese modelo, pensó Marshall que todas las empresas que producían un mismo artículo se podían considerar que formaban un conjunto –una “industria”– en cuyo interior todas ellas competían por los mismos recursos productivos y por apoderarse del mercado, pero también se ayudaban mutuamente, ya que entre todas creaban condiciones favorables a la producción. En otras palabras, en el interior de cada industria había condiciones a favor y en contra del crecimiento de todas. A las favorables las denominó “economías de escala” positivas, y a las contrarias “economías de escala” negativas. A su vez, estas condiciones podían ser comunes a todas las empresas –“internas a la industria”– o propias de cada empresa –“internas a la empresa”–. Las distintas conjunciones de esas condiciones afectaban a cada empresa de modo diferente, según sus circunstancias, en función de la fase del ciclo vital en que se encontrasen.

Según este planteamiento, para cada tipo de industria habría una “empresa representativa”, una especie de empresa tipo, con su ciclo vital de nacimiento y muerte. Algo que suponía dar entrada a una concepción muy próxima al tradicional concepto de causa formal: una especie de patrón común a todas las empresas y que de un modo u otro se realiza en cada empresa realmente existente. Esa “empresa representativa” tendría su tamaño óptimo, de modo que ninguna empresa de la industria crecería sin límite terminando por absorber a todas las demás. De este modo, pensaba Marshall, sería posible que la “industria” estuviera en equilibrio, con un tamaño estable, y en su seno se mantuviera un elevado grado de competencia entre todas ellas. Habría unas con rendimientos crecientes y otras con rendimientos decrecientes.

No obstante, este planteamiento conllevaba una grave dificultad que necesitaba aclaración. ¿Cómo era posible el equilibrio de una industria a corto plazo? Por lo pronto, para que eso sucediera la curva de la oferta total de la industria tendría que tener pendiente positiva, o lo que es lo mismo, que cada vez hubiera más dificultades para seguir incrementando la producción total. Para ello había que imponer que las economías positivas “internas a la industria” fuesen decrecientes, es decir, que llegaría un momento en el que la introducción de mejoras, ya fuesen tecnológicas, organizativas, o de otro tipo, comunes a todas las empresas, empezarían a decrecer y la producción total acabaría por estancarse. En otras palabras, que todas las industrias evolucionarían desde una fase inicial de rendimientos comunes rápidamente

crecientes, hacia una fase final de rendimientos comunes decrecientes, que vendría a coincidir con su etapa de equilibrio o madurez.

Pronto, uno de sus discípulos, P. Sraffa (1898-1983), puso de manifiesto la inconsecuencia de esta solución. En su opinión, los conceptos de equilibrio parcial y competencia perfecta se implicaban mutuamente, y no era posible apoyarse en uno para demostrar la existencia del otro. Eso era precisamente lo que había hecho Marshall, quien para explicar cómo las economías de escala “internas a una industria” eran decrecientes, había partido del supuesto que la industria estaba en equilibrio parcial, es decir, aislada de las restantes industrias. Sólo bajo ese supuesto, el uso intensivo de un determinado factor, que solo usaría esa industria, llevaría al rendimiento decreciente y, en consecuencia, se podría justificar la pendiente positiva de la curva de oferta total de la industria. A pesar de que Marshall había intentado separar las industrias en función del producto, sostenía Sraffa que era evidente que las industrias no se podían aislar unas de otras desde el punto de vista del uso de los factores, pues todas usaban los mismos. Era imposible que una industria usase ella sola la totalidad de un factor.

Sraffa llegaría a la conclusión de que en el diseño evolucionista de Marshall no quedaba más remedio que elegir entre reconocer la realidad de la tendencia creciente al monopolio -que la economía se acabaría por convertir en un gigantesco organismo- o imponer la hipótesis de la competencia perfecta, tal como la había formulado Cournot, con lo que todo el empeño de Marshall por dar expresión evolucionista a la competencia se hacía inviable, o quedaba sin sentido.

Con el concepto de empresa representativa de una industria, Marshall buscaba algo tan complicado como el modo de superar los límites del modelo de equilibrio -la composición mecánica de fuerzas dadas y fijas- para dotarlo de la flexibilidad de un modelo evolucionista donde las fuerzas crecen y disminuyen al servicio de un todo vital.

Quedaba claro que, para Marshall, todo estaba regulado por un principio evolutivo extrínseco, destinado a asegurar de forma determinista un equilibrio *a priori* o un modelo ideal al que inexorablemente evolucionaba la sociedad. La visión holista del enfoque evolucionista resultaba incompatible con la visión individualista del equilibrio.

## *El problema del cambio desde el enfoque subjetivista*

### **La filosofía del historicismo**

La otra corriente que se preocuparía por dar entrada al cambio temporal en la economía tenía que ver con el desarrollo del llamado historicismo, un movimiento que se iniciaría en Alemania entre el fin del siglo XVIII y los principios del XIX. Tuvo su origen en una fuerte reacción contra el racionalismo y el empirismo, de modo más concreto, contra el predominio en las ciencias de la cosmología de Newton y sus extensiones empiricistas.

Kant se había preocupado de dotar de fundamentos a la física de Newton, a la que consideraba la más importante de las llamadas “ciencias de la naturaleza”, pero había dejado sin fundamento las “ciencias del espíritu”, las que estudiaban la acción humana, pensando que



por estar relacionadas con la libertad no podían ser objeto de conocimiento científico. Sería una corriente de los seguidores de Kant, quienes con el objetivo de crear un método propio de las ciencias del espíritu, impulsarían la aparición de la filosofía historicista. Con ese fin se propusieron sustituir el análisis “individualizante” o “atomista” propio de las ciencias de la naturaleza, por una visión “holista” que permitiera situar la acción humana en el marco de la historia.

No renunciaban a que el método de las ciencias del espíritu fuese empírico, aunque de un modo distinto al de las ciencias de la naturaleza. Rechazaban el enfoque abstracto e idealista de la historia tal como había sido planteado por Hegel. No podía ser la manifestación de un principio espiritual absoluto, sino que sería obra de los hombres, de sus relaciones recíprocas, resultado de un proceso temporal que se desarrollaba en el seno de la naturaleza, reflejado en los hechos empíricos.

El empirismo del enfoque historicista se manifestaba por su organicismo, por dar entrada al concepto de desarrollo, y por su compromiso con el individualismo metodológico. Es decir, por su visión de la sociedad como algo vivo, unidad orgánica que se desarrollaba y crecía, impulsada porque en su seno había una fuerte relación funcional entre todos los individuos que la constituían. Pero solo desde la visión de la totalidad se podía llegar a entender la acción de los distintos individuos. Un enfoque donde la dimensión dinámica tenía más importancia que la estática descriptiva del equilibrio de cada momento, donde se daba por supuesto que ni el mundo ni la naturaleza humana eran realidades fijas e inalterables. Todo estaba en cambio y crecimiento.

El historicismo rechazaba la presunta regularidad científica del análisis atomista o individualista, típico de la epistemología mecanicista. Para estudiar la conducta humana había que hacerlo desde dentro de la estructura de una sociedad, en cuanto inserta en los procesos políticos de toma de decisión que tenían lugar en su interior. De ese modo se dotaba de relevancia al gobierno y al modo cultural de entender la libertad. De ningún modo se podía considerar a los individuos como si fuesen homogéneos e indistinguibles. Tanto los individuos, como las naciones, o épocas históricas, tenían su propia entidad que los hacía únicos e irrepetibles.

Como decía W. Windelband (1848-1915), una de las figuras más representativas del historicismo, mientras el método de las ciencias de la naturaleza era *nomotético*, es decir, buscaba generalizar las causas de lo observado para de ese modo establecer leyes y conceptos universales, las ciencias del espíritu debían seguir un método *ideográfico*, es decir, enfocarse en la singularidad de los hechos sociales, que nunca podrían ser meramente naturales, como era el caso de los mitos, las leyes, las costumbres, las obras de arte, etc. Hechos todos ellos dotados de valor y significado, es decir, solo entendibles desde el enfoque de la acción humana.

Una cosa era estudiar los hechos “crudos” -en sí mismos- que se explican a partir de la leyes de la naturaleza, y otra muy distinta era la valoración de esos hechos, lo cual solo se podía llevar a cabo desde la perspectiva de un deber ser, de un principio a priori que brotaba del espíritu humano. No era lo mismo el conocimiento empírico, el modo de ser de las cosas, que el valor que se le otorgaba, lo cual supone un juicio sobre el deber ser de las cosas.

H. Rickert (1863-1936) daría un paso más y llegaría a sostener que era precisamente el juicio de valor subjetivo el que dotaba de fundamento último a todo tipo de conocimiento. De tal modo que las mismas ciencias de la naturaleza debían ser consideradas consecuencia del modo humano de dar sentido a lo que sucede en su entorno.

En las ciencias del espíritu, cuando se estudiaba, por ejemplo, el declinar del feudalismo en la baja Sajonia en el siglo XIV, o bien el desarrollo del capitalismo en Inglaterra en el siglo XVIII, etc., lo importante era entender las motivaciones de estos fenómenos, las causas que habían dado lugar a su aparición. Por eso resultaba imprescindible un método inductivo, que teniendo en cuenta todos los posibles aspectos de esos fenómenos permitiera elaborar un sentido de su aparición.

Dentro de la misma corriente, sostenía W. Dilthey (1833-1911) que la clave para entender las acciones humanas era enfocarlas como “vivencias”, experiencias vitales del sujeto protagonista. No se podía separar la vida del conocimiento. Todo lo que sucedía en la historia, en el mundo propiamente humano de la cultura, las palabras, las obras, las instituciones, había brotado de las vivencias internas de los sujetos. Las ciencias del espíritu debían esforzarse por entender esas vivencias y el modo en que se manifestaban en lo externo. Debían prestar mucha atención a los propósitos y expresiones conscientes de todas las dimensiones de la vida humana, siempre en el marco de unas condiciones históricas y sociales. Para eso no bastaba con la pura inducción, sino que se hacía inevitable el recurso a una psicología fundada en la introspección -no en el sentido positivista, que al rechazar la experiencia interna la reducía a simple fisiología- sino como actividad interna de la conciencia, expresión de la unidad del yo de cada sujeto, surgida de la vida, realidad última y suprema.

En resumen, el historicismo proponía adentrarse en el estudio de la cultura, de los modos de hacer y expresarse del hombre. Un enfoque que dejaba claro que el yo, el sujeto individual, no podía ser algo cerrado y definitivo, sino pendiente de configuración histórica. Lo importante era por tanto el estudio de la cultura humana, la interpretación que el hombre hacía de la naturaleza, resultado del empeño humano por distanciarse de la inmediatez, de lo meramente natural, y que daba lugar al mundo de lo humano. Desde este punto de vista, la historia sería una psicología en devenir, resultado del esfuerzo incesante del hombre por entenderse a sí mismo. En cualquier caso el conocimiento no podía ser considerado algo definitivo, se trataba de un proceso abierto que exigía crítica y revisión continua. Se daba así lugar a un relativismo de valores que sería rasgo constitutivo de la corriente historicista

### ***Una economía historicista***

El enfoque tradicional del estudio de la economía en los países germánicos había sido una especie de ciencia de la administración del Estado -*Kameralismus*- orientada a mejorar los procesos del propio gobierno. De tal modo que nunca se había prestado especial atención a las necesidades del individuo como fundamento del fenómeno económico. Sólo después de la revolución francesa se daría entrada a los enfoques individualistas y poco a poco aparecería la llamada *Nationalökonomie* que sería el equivalente de la *Political Economy* de los británicos. En cualquier caso persistiría la idea de origen luterano que consideraba al Estado como la

institución ética por excelencia. Solo un fuerte poder centralizado podía imponer justicia entre los intereses de los diversos sectores de la sociedad.

Se puede decir que de la confluencia del nuevo enfoque individualista con el punto de vista de la filosofía historicista surgiría lo que se ha dado en llamar la escuela alemana de economía historicista. Su principal objetivo fue lograr un enfoque más realista, desarrollar un método que permitiese explicar cómo se producían los cambios en los patrones socioeconómicos. Con ese fin se huyó de los modelos mecanicistas, basados en la existencia de supuestas “leyes naturales” o científicas. Lo que pretendían era sacar la economía de la pura abstracción para convertirla en un instrumento destinado a resolver problemas particulares de sociedades concretas. Para eso consideraban imprescindible combinar la teoría con elementos históricos, dar entrada a un enfoque procesal del fenómeno económico, tener en cuenta la compleja interdependencia entre lo social y lo cultural, en cuyo seno se configura la conducta económica.

La economía solo podría cumplir esos objetivos si dejaba de ser una teoría matemática de la elección, limitada a la conducta de un individuo abstracto o genérico. Se rechazaba que se pudiera imponer a la sociedad “instituciones racionalmente construidas”. Como había advertido F. K. Von Savigny las instituciones sociales crecían orgánicamente y reflejaban la particular idiosincrasia de la historia de un pueblo. La economía debía ser capaz de proporcionar una explicación de la génesis de la cultura económica de cada pueblo y nación, algo determinante a la hora de entender y estudiar como se producen, de modo efectivo, ese tipo de elecciones. No quedaba más remedio que enfrentarse con el problema de explicar como se generaban y cambiaban los modos históricos de entender la función y sentido de la economía.

Desde este punto de vista, la economía debía ser lo más parecido a una teoría ética y cultural que permitiera estudiar la formación del estilo y el espíritu objetivo de una economía, en una cierta época en una determinada sociedad. Se trataba de estudiar cómo se creaba un espíritu de armonía social, una moralidad económica. Para eso resultaba imprescindible entender el espíritu del pueblo, su sentido de lo comunal, su concepción de lo religioso, sus costumbres y sus leyes, su modo de entender la política. Había, por tanto, que abandonar el plano de la pura abstracción y descender al modo en que cada pueblo y cultura se planteaba los problemas prácticos de cada día. Solo desde esa perspectiva sería posible descubrir que era la fortaleza ética, la moralidad pública, la que elevaba a los individuos más allá del simple interés egotista y los llevaba a una existencia más elevada y a unos intereses más amplios. Eso era lo que en realidad estaba detrás de la economía de un pueblo.

Para W Roscher (1817-1894) el objetivo de la economía debía ir más allá de investigar la causa de las riquezas de las naciones. Cada nación tenía su propio desarrollo, por lo que había que seguir un método comparativo, por eso, aunque era importante la prosecución del propio interés había también una multitud de factores que convenía tener presente. Propugnaba un método que fuera una combinación del histórico con el seguido por los economistas políticos británicos.

La figura más destacable e influyente dentro de este modo de plantear el estudio de la economía fue sin duda G. Schmoller (1838-1917) para quien era muy importante el desarrollo de

un método “histórico ético”, esencialmente empírico e inductivo, que permitiera complementar el enfoque teórico deductivo de los utilitaristas. En su opinión constituía una fantasía estudiar la economía con independencia del Estado. No cabía separar la teoría económica de la política económica. La conducta económica no solo estaba impulsada por el interés propio, sino por varias consideraciones que incluían la moralidad, la ley y las costumbres.

La economía debía explicar la génesis y evolución de las instituciones, de ningún modo debía limitarse al estudio de la utilidad y los precios. Lo cual no quiere decir que negase validez de esto último, sino que solo tenía sentido si se situaba dentro de un determinado marco institucional y ético. Mediante el desarrollo de costumbres, normas morales y leyes, los hombres se dotaban de una segunda naturaleza, el mundo de la cultura, del que formaba parte la economía. Algo que en ningún caso se debía perder de vista.

No había que dejarse arrastrar por la aplicación acrítica del método de las ciencias naturales. El modelo de equilibrio mecanicista no podía ser el elemento central para el estudio de los procesos económicos. Convenía ser muy cuidadosos a la hora de distinguir entre cultura y naturaleza. De ningún modo lo económico podía quedar reducido a la pugna mecánica por dar satisfacción a necesidades naturales absolutas, con vistas a una asignación óptima de recursos. La economía podía ser una ciencia, pero no natural, ya que trataba de la acción humana, algo que por su propia naturaleza pertenece al ámbito de lo cultural, ético e histórico.

Bajo ningún concepto se debería perder de vista la unidad de la vida social y su desarrollo continuo, ni dejar de compaginar lo estático con lo dinámico. Limitarse a la abstracción y al simple análisis matemático llevaba a resultados demasiado generales y estériles. Había que partir de la observación empírica de lo real y concreto para, poco a poco, ascender hacia la unificación conceptual. Gran parte de la tarea sería coleccionar materiales históricos, para, a partir de ellos, por comparación y contraste, ir elaborando generalizaciones inductivas.

La viva conciencia de la relatividad de todo conocimiento, también del económico, que tenían los historicistas les impedía aceptar la posibilidad de llegar a teorías económicas definitivas. Nunca dejarían de ser interpretaciones provisionales y revisables de un fenómeno complejo. Siempre dependerían de los supuestos de partida, de sus relaciones con la singularidad irrepetible del fenómeno que se pretendía estudiar. No estaban dispuestos a admitir la existencia de un marco abstracto y fijo, situado fuera de la historia, desde el cual pudiera verse la economía *sub specie aeternitatis*. Insistían en que las teorías económicas eran producto de la historia, y debían ser estudiadas como tales, es decir teniendo en cuenta los siempre cambiantes aspectos peculiares que afectaban al fenómeno estudiado, tanto en el plano legal, como en el político y cultural. Una teoría elaborada para entender el feudalismo, por ejemplo, no servía para entender el capitalismo, y viceversa.

Como carecía de sentido invocar una especie de cultura absoluta, válida para siempre y en todo lugar, y no se podía perder de vista la continua interacción entre lo económico y lo histórico, el método de la economía tenía que ser necesariamente hermenéutico -entender el fenómeno económico en su contexto- seguir el círculo de la expresión cultural en cuyo seno se manifiesta. Lo primero y más importante era tratar de entender la motivación del individuo, o lo que es lo mismo, el entramado de motivos de todo tipo que permitía entender su conducta

económica. Algo que solo sería posible si se estudiaba la génesis histórica de la estructura institucional donde se desarrollaba ese tipo de conducta. Para lo cual, la economía debería ser algo así como una psicología comparada. De ningún modo sería accesible desde el plano de la pura lógica, como propugnaban los neokantianos, ni desde el plano de la física matemática, como pretendían los utilitaristas.

En cualquier caso, a la hora de modelar la conducta económica de un individuo había que tener presente que no se trataba de un universal abstracto, sino de una realidad surgida de un proceso histórico, que daba lugar a una idiosincrasia; inseparable de un pueblo, una época y un lugar. Por eso, había que estudiar la geografía, el clima, la historia, la cultura, la política, el marco legal, y de todo aquello que de un modo u otro había ayudado a configurar la idiosincrasia de la cultura del pueblo al que esos individuos pertenecían.

## El debate sobre el método

Como hemos tenido ocasión de ver, Menger, que se consideraba historicista en línea muy parecida a la de Dilthey, se había opuesto a un método puramente inductivo, ingenuamente empírico, como el propuesto por Schmoller, pues de ese modo la economía nunca llegaría a ser una verdadera ciencia. Ciertamente que la economía tenía que seguir su propio método, distinto al de las ciencias naturales, pero al mismo tiempo tenía que ser una ciencia nomotética, que fuese independiente del marco cultural o histórico.

Menger distinguía dos orientaciones metodológicas: la “realista empírica” y la “exacta”. La primera empleaba “tipos reales”, descripciones de situaciones concretas que, por ser aproximadas, admiten variantes y excepciones. La segunda, empleaba “tipos exactos”, diseños deducidos a partir de “leyes naturales” universales y necesarias, que se suponen están debajo de todos los fenómenos sociales. De estos últimos, era de los que tenía que servirse –según Menger- la ciencia económica. El problema era: ¿En qué medida eran exactas esas leyes? ¿De qué modo se podía extraer la dimensión de necesidad del seno de la dimensión empírica de la acción humana?

Dentro de la corriente historicista M. Weber (1864-1920) aunque estaba de acuerdo con Menger en que el conocimiento solo podría ser calificado de científico si suministraba explicaciones causales, si permitía hacer predicciones; no estaba tan de acuerdo en que las leyes de la economía tuviesen que tener validez universal, al menos del mismo modo que lo tenían las leyes de las ciencias de la naturaleza.

Para Weber no se podían poner en el mismo plano los fenómenos naturales, que carecen de sentido; y los fenómenos humanos, que necesariamente están dotados de intencionalidad. Estos últimos, aunque se manifiestan en construcciones objetivas, adquieren su sentido a partir de la subjetividad de los individuos. Había por tanto que tener presente dos tipos de causalidades, una referida a los sucesos humanos, que se rige por una racionalidad pragmática, y otra referida a los sucesos naturales, que se rige por una causalidad sustancial. Confundirlas era lo que Weber llamaba “falacia naturalista”, que era típica del enfoque psicologista de los modelos económicos de Jevons, Walras o Pareto.

En otras palabras, los fenómenos humanos son siempre representaciones hermenéuticas de la realidad, lo cual quiere decir que son visiones pragmáticas, interesadas y parciales. Dependen, en último término de los valores en que se apoyan los individuos que llevan a cabo esa interpretación, algo que eligen de modo arbitrario, ya que la elección de valores no podía ser resuelta mediante argumentación racional.

Vistas así las cosas, todo tipo de ciencia, ya fuese en el ámbito de la naturaleza o del espíritu, tenía que proporcionar algún tipo de explicación causal, pero sabiendo que nunca sería absoluta y última, sino siempre parcial y provisional, según un determinado punto de vista interesado y subjetivo. En otras palabras, toda ciencia suponía partir de una representación fragmentaria e interesada de la realidad. Teniendo muy presente que la adopción de ese punto de vista -el que daba lugar a esa representación de la realidad- no podía ser objeto de investigación racional. La elección de valores quedaba fuera de la ciencia, la cual debía ser neutral respecto de los valores elegidos. Un politeísmo de valores que a Weber no parecía inquietarle, pues pensaba que la diversidad de puntos de vista era lo que permitía el avance de las ciencias.

Quedaba claro que, para Weber, las leyes de la economía no podían pretender haber sido elaboradas desde un punto de vista objetivo y neutral, sino que inevitablemente estaban ligadas a una determinada interpretación subjetiva, a la adopción de un punto de vista, según los valores de unos individuos concretos. En otras palabras, las leyes de la economía no se establecían según una racionalidad objetiva, más allá de la cultura y de la historia, como había pretendido Menger, sino que inevitablemente estaban ligadas a una racionalidad subjetiva y concreta, a un determinado punto de vista.

El objeto propio de la economía era el estudio de una conducta humana históricamente constituida, orientada a un fin utilitario, para lo cual había que tener presente que en su constitución habían influido factores muy diversos, desde intereses materiales, hasta los más puros ideales. Por eso, para llevar adelante ese estudio, lo más importante era elaborar un esquema de cómo y porqué, bajo que punto de vista, habría podido surgir ese modo de entender la realidad, a partir del cual se había constituido el tipo de conducta económica que se quería estudiar.

En el desarrollo de ese estudio no se podían seguir los pasos de una lógica deductiva, propio de la física matemática, ni tampoco los pasos de la inducción empírica, propia de la historia, sino que había que optar por una vía heurística en la que se combinan ambas perspectivas. Es decir, observar la realidad para detectar qué rasgos podían ser los más relevantes a la hora de explicar la adopción de ese punto de vista. En este sentido, Weber propuso una vía media entre la de Schmoller y la de Menger; no había que seguir ni el "tipo real" ni el "tipo exacto", sino lo que denominaba el "tipo ideal". Se trataba de elaborar un esquema teórico simplificado de cómo y porqué a partir de un determinado momento histórico podía haber surgido una determinada interpretación de la realidad, que había dado lugar a una concreta conducta económica. Una vez construido ese "tipo ideal" se dispondría de un instrumento para dar explicaciones y hacer predicciones de los fenómenos relacionados con ese modo concreto de entender la realidad.



Según Weber, eso era lo que había hecho Menger al elaborar lo que él creía el “tipo exacto” de sujeto económico, pues lo que en realidad había hecho había sido elaborar un “tipo ideal” de la conducta económica de un individuo que se desenvolvía en una determinada concepción de la realidad. Del mismo modo, el modelo de conducta del “homo oeconomicus” de los utilitaristas se correspondía con otro enfoque interpretativo de la realidad. Mientras que para los utilitaristas había que dar por descontado la existencia de una racionalidad objetiva, ajena a las decisiones de los individuos, desde la perspectiva de Menger la racionalidad estaba ligada a la propia estructura subjetiva de la acción individual.

En consecuencia el “tipo ideal” no podía ser un absoluto, sino que solo podía ser un instrumento metodológico para interpretar en un mundo, donde solo existirían verdades relativas, establecidas según los intereses y puntos de vistas de cada uno. Por ejemplo, para entender y poder estudiar un tipo de sociedad, en un determinado momento histórico, como por ejemplo, la londinense del siglo XVIII, la elaboración del “tipo ideal” del comerciante podía ser el instrumento más adecuado, que era lo que en el fondo había hecho Hume cuando había tratado de explicar la sociedad de su tiempo. En cualquier caso nunca podía considerarse como la única explicación posible, ni la definitiva, sino algo meramente provisional.

Para Weber, el método de la economía debía incluir el estudio de las singularidades históricas, como por ejemplo, el desarrollo de la política agraria romana, o del derecho mercantil medieval, pero eso no suponía que no se pudiera recurrir también a conceptos y regularidades procedentes a las ciencias *nomológicas*, de otro modo no sería posible la construcción de algún “tipo ideal” que permitiera descubrir conexiones y regularidades del tipo de conducta económica que se estaba estudiando.

Solo un método hermenéutico permitiría entender la racionalidad de los modos de llevar adelante la decisión colectiva, de una determinada comunidad en unas circunstancias históricas. Lo esencial de la economía era interpretar qué tipo de relación podía existir entre un fenómeno y una mentalidad, entre un hecho observable y la lógica subjetiva de un determinado punto de vista, surgido por motivos no fácil de establecer.

## El devenir histórico del capitalismo

Según hemos podido comprobar, para Weber solo el método -la construcción de una racionalidad explicativa del proceso histórico- tenía carácter de absoluto. Eso ayuda a entender porqué su visión de la historia estuviese tan relacionada con ese carácter absoluto de su método, en el que se agazapaba su particular visión de la realidad.

Desde su punto de vista el capitalismo sería el resultado de la imposición progresiva de un tipo de racionalidad, la “conducta económica”, entendida como “modo de vida”, verdadero y único *ethos* al que estaba abocada la civilización occidental. La marcha de la historia llevaba, según Weber, a la racionalización progresiva y universal de todos los modos de desenvolverse la vida humana. Lo cual no cesaba de impulsar hacia un tipo de sociedad construida sobre un sistema de dependencias funcionales cada vez más rígidas, dando lugar a una estructura que Weber llamaba la “jaula de hierro”, auténtico “aparato de subordinación” que más tarde o más

temprano atraparía a todos los hombres en algún tipo de “empresa” productiva, ya fuese en la economía, en la ciencia o en la administración.

Desde unos estadios iniciales de la humanidad en los que había dominado el encantamiento y la irracionalidad no había cesado de avanzar un proceso de racionalización creciente de todos los aspectos de la vida humana. Un proceso que no dejaba de ser paradójico, pues la cada vez mayor racionalidad funcional de las conductas concretas, generaba a su vez una mayor irracionalidad del sentido global de la acción humana. Desde el mundo antiguo, donde había dominado la fe y la certeza no se había cesado de avanzar hacia un mundo dominado por el escepticismo y el politeísmo de valores.

Algo patente de modo especial en predominio cada vez mayor de la economía, o mejor dicho, de las conductas orientadas a la ganancia monetaria. Todo sucedía como si dentro de la historia se hubiera generado una dinámica autónoma, caracterizada por el aumento incesante de la eficiencia de lo procesal, que se iba imponiendo por encima del sentido de lo humano. Había sido precisamente en el ámbito de la economía donde este proceso imparable de la racionalización de la conducta humana se había ido transformando, de modo inexorable, en su propia negación.

En otras palabras, la aplicación sistemática de la crematística a unas conductas humanas originarias, llenas de sentido, había generado un proceso incontrolable que pronto había escapado al control de los que la habían propuesto. Para Weber, como para Marx, la alienación era resultado de la inversión de relaciones de medios y fines, de haber impuesto lo procesal sobre el propio modo de ser de los hombres.

Debajo de esta interpretación de la historia estaba la visión que Weber había elaborado del concepto protestante de carisma. Se puede decir que constituía el núcleo mismo de su modo de entender la ciencia, de donde surgía el evolucionismo y progresismo de su planteamiento. En lugar de entender el carisma como una fidelidad renovadora y fecunda a la autoridad original, la había planteado como una especie de mística de ruptura del orden establecido; estaba convencido de que precisamente en esa capacidad de ruptura con el don, con lo recibido, residía la más alta expresión del alma, de la radical libertad del intelecto humano.

El concepto protestante de carisma había tenido su origen, como hemos tenido ocasión de ver, en el nominalismo del siglo XIV, en esa especie de duda o ceguera para aceptar la profundidad del misterio de lo real. Esa especie de ruptura con la comprensión profunda del sentido de la Creación, había llevado a plantear la fe y la gracia -el carisma- como algo puramente sobrenatural, en el sentido de desgajado y opuesto a lo natural, con lo que ambas pasaban a situarse en un plano más propio de lo mágico o lo mítico. En esta ruptura está el origen de que con el paso del tiempo, lo carismático llegara a ser entendido como una intervención mítica inexplicable, que suponía la ruptura y superación de lo hasta entonces establecido. Aquí reside la raíz última de que, para Weber, lo carismático suponga una renovación incesante, un enfrentamiento y negación de toda autoridad y tradición existente.

En su famosa tesis sobre el origen del capitalismo, pensaba Weber que la ética protestante, unida a ese modo de entender el carisma, consecuencia de haber vaciado de interioridad a las

obras humanas, de haberlas desprovisto de una finalidad natural, había servido como catalizador para el desatarse de la racionalidad procesal o económica, que llegaría a constituirse en una especie de ascetismo profano.

En el momento en que las obras humanas habían quedado reducidas a una pura externalidad formal, la única ética racional posible sería aquella construida a partir de las consecuencias utilitarias de la acción, medidas en términos de pura eficiencia. A partir de ese momento solo cabía la terrible y angustiosa ética de la responsabilidad personal, basada en la solitaria y arbitraria elección de unos fines, imposibles de ordenar de modo racional. Precisamente por eso, en medio de ese politeísmo de valores, el control científico de los asuntos humanos, la imposición de una racionalidad funcional, resultaba imprescindible para que la sociedad no degenerase en el puro caos.

De modo paradójico, después de cinco siglos, el miedo a la posibilidad de que la razón se enfrentara con el misterio de la Creación, esencia misma de la libertad humana, había venido a desembocar en el inevitable sometimiento a una racionalidad mecanicista, que suponía la destrucción del carisma en su sentido más real y profundo.

Para Weber, el concepto de racionalidad consistía en un incesante proceso de destrucción de toda certeza y de toda fe. Solo de ese modo, llegaría un momento en que sería posible alcanzar una situación casi generalizada de neutralidad ética, donde una supuesta objetividad escéptica se impondría sobre el politeísmo de valores; lo normal sería ser indiferente a todo tipo de valores.

Desde la perspectiva de Weber resultaba inevitable que el individuo moderno acabara sometido a ese tipo de racionalidad sin espíritu, que definía como el carácter empresarial, dominado por el criterio de eficiencia productiva, que se iría imponiendo en todas las instituciones y organizaciones de la sociedad moderna. Sólo mediante ese sometimiento tendría posibilidad de elección y realización de sus planes. Al individuo moderno no le quedaba más remedio que introducirse en la "jaula de hierro" de la subordinación funcional, si quería disponer de un mínimo de "libertad de movimiento" y de sentido de su vida.

Weber también estaba de acuerdo con Menger en que la subjetividad de los juicios individuales era la fuente de todos los propósitos y valores, pero, al mismo tiempo se daba cuenta de que esa misma subjetividad estaba cada vez más amenazada por la objetividad y eficiencia del pensamiento científico, por la eficiencia funcional del cada vez más extendido procedimiento administrativo. Existía por tanto en el seno del capitalismo una oposición creciente e inevitable entre la libertad subjetiva del individuo y el sometimiento a la objetividad racional del proceso colectivo. Una especie de esquizofrenia entre objeto y persona, entre conocimiento objetivo y evaluación subjetiva, entre la conducta del funcionario y la ruptura del líder carismático, entre ética de responsabilidad y ética de convicción. Todo ello consecuencia de un conflicto sin solución entre libertad y racionalidad.

En la moderna sociedad capitalista, tal como la describía Weber, el carisma mismo adoptaría la forma de técnica terapéutica, una especie de carisma de diseño más adecuado al líder de una organización, como la empresa productiva, que nada sabe de la interdicción que impone lo

sagrado y misterioso, que se orienta a la mera manipulación con vistas al “éxito”. Un carisma efímero que se auto destruye como consecuencia de su propio éxito, de su “rutinización”. Una progresiva desaparición del sentido mismo del carisma hasta transformarse en un principio ciego de evolución destructiva de lo presente.

Conviene por último señalar que tanto para Marx como para Weber, el capitalismo constituía la última fase del devenir de la historia. La racionalidad crematística viene a ser la más plena expresión de la racionalidad funcional moderna.

## **Bibliografía**

Asper, Patrick. *The Economic Sociology of Alfred Marshall: An Overview*. American Journal of Economics and Sociology. 1999. 58(4) 651-667.

Betz, H. K. *How does the German Historical School fit?* History of Political Economy. 1988. 20(3)409-31.

Boland, Lawrence A. *Difficulties with the Elements of Time and the “Principles” or Economics or Some Lies my teachers told me*. Eastern Economic Journal. 1982; 8(1):47-58.

de Vroey, Michel. *Marshall on equilibrium and time: a reconstruction*. European Journal of the History of Economic Thought. 2000; 7(2):245-269.

de Vroey, Michel, editor. *Equilibrium and disequilibrium in economic theory. The Marshall Walras divide*. Routledge. 2002.

de Vroey, Michel. *The Marshallian market and the Walrasian economy, two incompatible bedfellows*. Scottish Journal of Political Economy. 1999. 46(3)319-339.

Gilson, Etienne. *De Aristóteles a Darwin y vuelta*. Pamplona: Eunsa; 1976.

Gloria-Palermo, Sandye. *The evolution of austrian economics. From Menger to Lachman*. London: Routledge; 1999.

Groenewegen, Peter D. *Marshall and Hegel*. Economie Appliquée. 1990; 43(1):63-84.

Groenewegen, Peter D. *A soaring eagle: Alfred Marshall, 1842-1924*. Edward Elgar. 1995.

Gronewegen, Peter. *Alfred Marshall’s Principles of Economics: A Centenary Perspective from the Antipodes*. Australian Economics Papers. 1992; (December):219-233.

Hart, Neil. *Marshall’s Dilemma: Equilibrium versus Evolution*. Journal of Economic Issues. 2003. 37(4)1139-1160.

Hodgson, Geoffrey M. *How Economics Forgot History. The problem of historical specificity in social science*. London. Routledge. 2001.

Hodgson, Geoffrey M. *Alfred Marshall versus the Historical School?* Journal of Economic Studies. 2005. 32(4) 331-348.

Lachmann, Ludwig M. *The Legacy of Max Weber*. London: Heineman; 1970.

Loasby, Brian. J. *Marshall's Theory of the Firm*. En Backhouse, Roger E. y Creedy, John, editores. *From Classical Economics to the Theory of the Firm. Essays in Honour of D. P. O'Brien*. Edwrad Elgar. 1999.

Löwith, Karl. *Max Weber and Karl Marx*. London: Routledge; 1993.

Menard, Claude and Limoges, Camille. *Organization and the division of Labor: Biological Metaphors at Work in Alfred Marshall's Principles of Economics*. En Mirowski, Philip, editor. *Natural Images in Economic Thought. Markets Read in Tooth and Claw*. Cambridge: Cambridge University Press. 1994.

Nau, Heino H. Schefold, Bertram, editores. *The Historicity of Economics. Continuities and Discontinuities of Historical Thought in 19th and 20th Century Economics*. Berlin: Springer; 2002.

Niman, Neil. *Biological Analogies in Marshall's Work's*. Journal of the History of Economic Thought. 1991. 13.19-36.

Opie, R. *Marshall's Time Analysis*. The Economic Journal. 1931. 41(2)199-215.

Parson, Talcott. *Economic and Sociology: Marshall in Relation to the Thought of His Time*. The Quarterly Journal of Economics. 1932. 42(2)316-347.

Pélissier, Maud. *Une Évaluation Épistémologique de l'Économie Biologique Chez Alfred Marshall*. Cahiers D'Économie Politique. 2002. (42) 7-27.

Rafaelli, Tiziano, editor. *The Elgar Companion to Alfred Marshall*. Cheltham: Edward Elgar; 2006.

Raffaelli, Tiziano. *Marshall's Metaphor on Method*. Journal of the History of Economic Thought. 2009. 29(2)135-151.

Rafaelli, Tiziano. *Marshall's Evolutionary Economics*. London: Routledge; 2003.

Rieff, Philip. *Charisma. The Gift of Grace and How it has Been Taken Away from Us*. New York: Pantheon Books; 2007.

Rieff, Philip. *The Triumph of the Therapeutic. Uses of Faith after Freud*. Chicago: Chicago University Press, 1996.

Schabas, Margaret. *Victorian economics and the science of the mind*. Lightman, Bernard. *Victorian Science in Context*. Chicago. Chicago University Press. 1997.

Schumpeter, J. A. *Alfred Marshall's Principles: a semi centennial appraisal*. *American Economic Review*. 1941; 31(2):236-248.

Streissler, Erich W. *The influence of German Economics on the Work of Menger and Marshall*. En Caldwell, Bruce J. editor. *Carl Menger and his Legacy in Economics*. 1990.

Swedberg, Richard. *Max Weber as an Economist and as a Sociologist: Toward a Fuller Understanding of Weber's View*. *American Journal of Economics and Sociology*. 1999. 58 (4) 561-582.

Raffaelli, Tiziano. *Utilitarian premises and the evolutionary Framework of Marshall's economics*. *Utilitas*. 1996; 8(1):89-108.

Tribe, Keith. *Strategies of Economic Order. German Economic Discourse 1750-1950*. Cambridge. Cambridge University Press. 1995.

Tullberg, Rita McWilliam, editora. *Alfred Marshall in retrospect*. Edward Elgar; 1990.

Viner, Jacob . *Marshall's Economic in relation to the man and to his time*. *American Economic Review*. 1941. 31(2) 233-235.

Whitaker, John K., editor. *Centenary Essays on Alfred Marshall*. Cambridge. Cambridge University Press. 1990.